

–Manifiestamente conozco, carísimo padre, vuestra liberalidad, viendo con cuánta prontitud habéis venido a entregarme vuestro espíritu, del que, sin ninguna razón, me mostré a vos mismo deseoso; pero Dios, más preocupado de mi deber que yo mismo, en el punto en que mayor ha sido la necesidad me ha abierto los Ojos de la inteligencia, que la mísera envidia me había cerrado; y por ello, cuanto más pronto habéis sido en complacerme, tanto más conozco que debo hacer penitencia por mi error: tomad, pues, de mí, la venganza que estimáis convenientemente para mi pecado. Natán hizo levantar a Mitrídanes, y tiernamente lo abrazó y lo besó, y le dijo:
–Hijo mío, en tu empresa, quieras llamarla mala o de otra manera, no es necesario pedir ni otorgar perdón porque no la emprendiste por odio, sino por poder ser tenido por el mejor. Vive, pues, confiado en mí, y ten por cierto que no vive ningún otro hombre que te ame tanto como yo, considerando la grandeza de tu ánimo que no a amasar dineros, como hacen los miserables, sino a gastar los amasados se ha entregado; y no te avergüences de haber querido matarme para hacerte famoso ni creas que yo me maraville de ello. Los sumos emperadores y los grandísimos reyes no han ampliado sus reinos, y por consiguiente su fama, sino con el arte de matar no sólo a un hombre como tú querías hacer, sino a infinitos, e incendiar países y abatir ciudades; por lo que si tú, por hacerte más famoso, sólo querías matarme a mí, no hacías nada maravilloso ni extraño, sino muy acostumbrado.
Mitrídanes, no excusando su perverso deseo sino alabando la honesta excusa que Natán le encontraba, razonando llegó a decirle que se maravillaba sobremanera de cómo Natán había podido disponerse a aquello y a darle la ocasión y el consejo; al cual dijo Natán:
–Mitrídanes, no quiero que ni de mi consejo ni de mi disposición te maravilles porque desde que soy dueño de mí mismo y dispuesto a hacer lo mismo que tú has emprendido, ninguno ha habido que llegase a mi casa que yo no lo contentase en lo que pudiera en lo que fuese por él pedido. Viniste tú deseoso de mi vida; por lo que, al oírtela solicitar, para que no fuese el único que sin obtener lo que habías pedido se fuese de aquí, prestamente decidí dártela y para que la tuvieses aquel consejo te di que creí que era bueno para obtener la mía y no perder la tuya; y por ello todavía te digo y ruego que, si te place, la tomes y te satisfagas con ella; no sé cómo podría emplearla mejor. Ya la he usado ochenta años y la he gastado en mis deleites y en mis consuelos; y sé que, según el curso de la naturaleza, como sucede a los demás hombres y generalmente a todas las cosas, por poco tiempo ya podrá serme otorgada; por lo que juzgo que es mucho mejor darla, como siempre he dado y gastado mis tesoros, que quererla conservar tanto que contra mi voluntad me sea arrebatada por la naturaleza. Pequeño don es dar cien años; ¿cuánto menor será dar seis u ocho que me queden por estar aquí? Tómala, pues, si te agrada, te ruego, porque mientras he vivido aquí todavía no he encontrado a nadie que la haya deseado y no sé cuándo pueda encontrar a alguno, si no la tomas tú que la deseas; y por ello, antes de que disminuya su valor tómala, te lo ruego. Mitrídanes, avergonzándose profundamente, dijo:
–No quiera Dios que cosa tan preciosa como es vuestra vida vaya yo a tomarla, quitándola a vos, y ni siquiera que la desee, como antes hacía; a la cual no ya no disminuiría sus años, sino que le añadiría de los míos si pudiese.
A quien prestamente Natán dijo:
–Y si puedes, ¿querrías añadírselos? Y me harías hacer contigo lo que nunca con nadie he hecho, es decir, coger sus cosas, que nunca a nadie las cogí.
–Sí –dijo súbitamente Mitrídanes.
–Pues –dijo Natán– harás lo que voy a decirte. Te quedarás, joven como eres, aquí en mi casa y te llamarás Natán, y yo me iré a la tuya y siempre me haré llamar Mitrídanes. Entonces Mitrídanes repuso:
–Si yo supiese obrar tan bien como sabéis vos y habéis sabido, tomaría sin pensarlo demasiado lo que me ofrecéis; pero porque me parece ser muy cierto que mis obras disminuirían la fama de Natán y yo no entiendo estropear en otra persona lo que no sé lograr para mí, no lo tomaré. Estos y muchos otros amables razonamientos habidos entre Natán y Mitrídanes, cuando plugo a Natán juntos hacia la mansión volvieron, donde Natán, muchos días sumamente honró a Mitrídanes y con todo ingenio y sabiduría le confortó en su alto y grande propósito. Y queriendo Mitrídanes con su compañía volver a casa, habiéndole Natán muy bien hecho conocer que nunca en liberalidad podría vencerle, le dio su licencia.

NOVELA CUARTA

El amante desprendido

Micer Gentile de los Carisendi, llegado de Módena, saca de la sepultura a una dama amada por él, enterrada por muerta, la cual, confortada, pare un hijo varón, y micer Gentile a ella y a su hijo los restituye a Niccoluccio Caccianernici, su marido.

Maravillosa cosa pareció a todos que alguien fuese liberal con su propia sangre: y afirmaron que verdaderamente Natán había sobrepasado la del rey de España y la del abad de Cluny. Pero después de que durante un rato unas cosas y otras se dijeron, el rey, mirando a Laureta, le demostró que deseaba que narrase ella; por la cual cosa, Laureta prestamente comenzó:

–Jóvenes señoras, magníficas y bellas han sido las contadas, y no me parece que se nos haya dejado nada para decir a nosotros por donde novelando podamos discurrir (tan ocupado está todo por la excelencia de las magnificencias contadas) si de los asuntos de amor no echamos mano, los cuales a toda materia de narración ofrecen abundantísima copia. Y por ello, tanto por esto como porque a ello debe principalmente inducirnos nuestra edad, me place contaros un gesto de magnificencia hecho por un enamorado, el cual, todo considerado, no os parecerá menor por ventura que alguno de los mostrados, si es verdad aquello de que los tesoros se dan, las enemistades se olvidan y se pone la propia vida, el honor y la fama, que es mucho más, en mil peligros por poder poseer la cosa amada.

Hubo, pues, en Bolonia, nobilísima ciudad de Lombardía, un caballero muy digno de consideración por su virtud y nobleza de sangre, que fue llamado micer Gentile de los Carisendi. El cual joven, de una noble señora llamada doña Catalina, mujer de un Niccoluccio Caccianernici, se enamoró; y porque mal era correspondido por el amor de la señora, como desesperado y siendo llamado por la ciudad de Módena para ser allí podestá, allí se fue. En este tiempo, no estando Niccoluccio en Bolonia, y habiéndose su mujer ido a una posesión suya a unas tres millas de la ciudad porque estaba grávida, sucedió que le sobrevino un fiero accidente, de tanta fuerza que apagó en ella toda señal de vida y por ello aun por algún médico fue juzgada muerta; y porque sus más próximos parientes decían que habían sabido por ella que no estaba todavía grávida de tanto tiempo como para que la criatura pudiese ser perfecta, sin tomarse otro cuidado, tal cual estaba, en una sepultura de una iglesia vecina, después de mucho llorar, la sepultaron. La cual cosa, inmediatamente por un amigo suyo le fue hecha saber a micer Gentile, el cual de ello, aunque de su gracia hubiese sido indigentísimo, se dolió mucho, diciéndose finalmente: "He aquí, doña Catalina, que estás muerta; yo, mientras viviste, nunca pude obtener de ti una sola mirada; por lo que, ahora que no podrás prohibírmelo, muerta como estás, te quitaré algún beso." Y dicho esto, siendo ya de noche, organizando las cosas para que su ida fuese secreta, montando a caballo con un servidor suyo, sin detenerse un momento, llegó a donde sepultada estaba la dama; y abriendo la sepultura, en ella con cuidado y cautela entró, y echándose a su lado, su rostro acercó al de la señora y muchas veces derramando muchas lágrimas, la besó. Pero así como vemos que el apetito de los hombres no está nunca contento con ningún límite, sino que siempre desea más, y especialmente el de los amantes, habiendo éste decidido no quedarse allí, se dijo: "¡Bah!, ¿por qué no le toco, ya que estoy aquí, un poco el pecho? No debo tocarla más y nunca la he tocado."

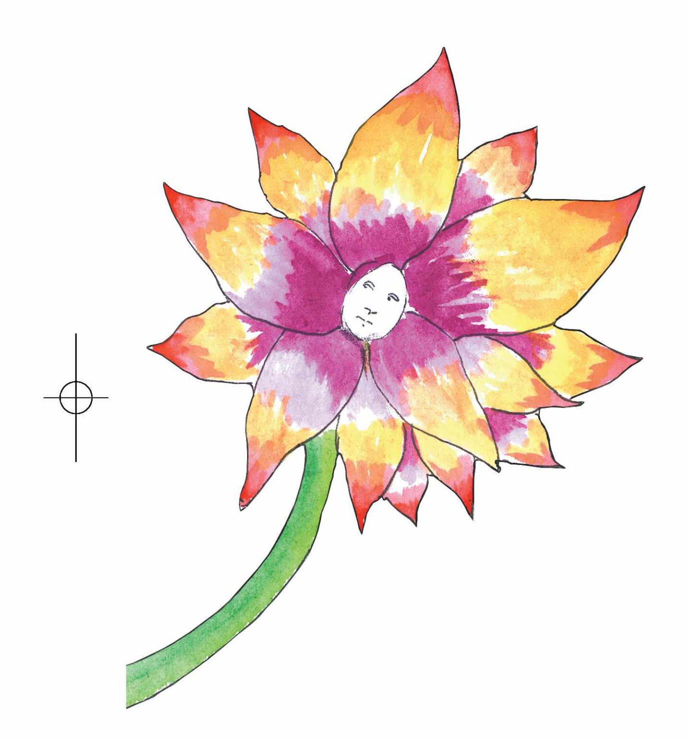
Vencido, pues, por este apetito, le puso la mano en el seno y teniéndola allí durante algún espacio, le pare-

ció sentir que en alguna parte le latía el corazón; y, después de que hubo alejado de sí todo temor, buscando con más atención, encontró que con seguridad no estaba muerta, aunque poca y débil juzgase su vida; por lo que, lo más suavemente que pudo, ayudado por su servidor, la sacó del monumento y poniéndola delante en el caballo, secretamente la llevó a su casa de Bolonia. Estaba allí su madre, valerosa y discreta señora, que después que de su hijo hubo extensamente todo oído, movida a compasión, ocultamente, con grandísimos fuegos y con algún baño, a aquella le volvió la desmayada vida. Al volver en sí la cual, dio la señora un gran suspiro y dijo:
–¡Ay!, ¿pues dónde estoy?
A lo que la valerosa señora respondió:
–Tranquilízate, estás en buen lugar.
Ella, vuelta en sí y mirando alrededor, no conociendo dónde estaba y viendo delante a micer Gentile, llena de maravilla a la madre de éste rogó que le dijese de qué guisa había ella venido aquí, a la cual micer Gentile ordenadamente contó todas las cosas. De lo que doliéndose ella, después de un poco le dio las gracias que pudo y luego le rogó, por el amor que le había tenido y por cortesía suya, en su casa no recibir nada que menoscabase su honor ni el de su marido, y al llegar el día, que la dejase volver a su casa propia; a quien micer Gentile repuso:
–Señora, cualquiera que mi deseo haya sido en tiempos pasados, no entiendo al presente ni nunca en adelante (puesto que Dios me ha concedido esta gracia que de la muerte a la vida os ha devuelto a mí, siendo el motivo el amor que en el pasado os he tenido) trataros ni aquí ni en ninguna otra parte sino como a una querida hermana. Pero el beneficio que os he hecho esta noche merece algún galardón; y por ello quiero que no me neguéis una gracia que voy a pediros.
Al cual la señora benignamente repuso que estaba dispuesta a ello si es que podía y era honesto. Micer Gentile dijo entonces:
–Señora, todos vuestros parientes y todos los boloñeses creen y tienen por cierto que estáis muerta, por lo que nadie hay que os espere en casa; y por ello quiero pediros como gracia que queráis quedaros aquí ocultamente con mi madre hasta que yo vuelva de Módena, que será pronto. Y la razón por la que os lo pido es porque deseo, en presencia de los mejores ciudadanos de esta ciudad, hacer de vos un precioso y solemne don a vuestro marido.
La dama, sabiendo que estaba obligada al caballero y que la petición era honesta, aunque mucho desease alegrar con su vida a sus parientes, se dispuso a hacer aquello que micer Gentile pedía, y así lo prometió y dio su palabra. Y apenas habían terminado las palabras de su respuesta cuando sintió que el tiempo de dar a luz había llegado; por lo que, tiernamente por la madre de micer Gentile ayudada, no mucho después parió un hermoso varón, la cual cosa muy mucho redobló la alegría de micer Gentile y la suya. Micer Gentile ordenó que las cosas necesarias fuesen preparadas y que ella fuese atendida como si su propia mujer fuese, y a Módena secretamente se volvió. Terminado allí el tiempo de su oficio y teniendo que volver a Bolonia, hizo que, la mañana que debía entrar en Bolonia, se preparase un gran convite en su casa para muchos y nobles señores de Bolonia entre los cuales estaba Niccoluccio Caccianernici; y habiendo vuelto y echado pie a tierra y encontrándose con ellos, habiendo también encontrado a la señora más hermosa y más sana que nunca y que su hijo estaba bien, con alegría incomparable a sus invitados sentó a la mesa y les hizo servir magníficamente muchos manjares. Y estando ya cerca de su fin la comida, habiendo él dicho primeramente a la señora



lo que intentaba hacer y arreglado con ella la manera en que debía conducirse, así comenzó a hablar:
–Señores, me acuerdo de haber oído alguna vez que en Persia hay una costumbre honrada según mi juicio, la cual es que cuando alguien quiere honrar sumamente a su amigo lo invita a su casa y allí le muestra la cosa más preciada que tenga, sea su mujer, su amiga, o su hija, ¡afirmando que, si pudiese, tal como le muestra aquello, con mucho más agrado le mostraría su corazón!; la cual entiendo yo seguir en Bolonia. Vosotros, por vuestra merced, habéis honrado mi convite y yo quiero honraros a lo persa mostrándoos la cosa más preciada que tengo en el mundo y que siempre voy a tener. Pero antes de hacerlo os ruego que me digáis lo que opináis de una duda que voy a plantearos. Hay una persona que tiene en casa a un bueno y fiel servidor que enferma gravemente; este tal, sin esperar a ver el final del siervo enfermo, lo hace llevar a mitad de la calle y no se preocupa más de él; viene un extraño y, movido a compasión por el enfermo, se lo lleva a su casa y con gran solicitud y con gastos lo devuelve a su salud primera; querría yo saber ahora si, teniéndolo y usando de sus servicios, su señor puede en toda equidad dolerse o quejarse del segundo si, al pedírselo, no quisiera devolvérselo.
Los gentileshombres, después de varios razonamientos entre sí y concurriendo todos en la misma opinión, a Niccoluccio Caccianernici, porque era un conversador bueno y ornado, encargaron de la respuesta. Éste, alabando primeramente la costumbre persa, dijo que él con los demás estaba concorde en esta opinión: que el primer señor ningún derecho tenía ya sobre su servidor puesto que en semejante caso no solamente lo había abandonado sino arrojado de sí, y que por los beneficios recibidos del segundo justamente parecía haber pasado a ser su servidor; por lo que, teniéndolo, ningún daño, ninguna fuerza, ninguna injuria le hacía al primero. Los demás hombres que a la mesa estaban, que mucho hombre valeroso había, dijeron juntos que sostenían lo que había sido contestado por Niccoluccio. El caballero, contento con tal respuesta y con que Niccoluccio la hubiese dado, afirmó que él también era de aquella opinión y luego dijo:
–Tiempo es ahora de que según mi promesa yo os honre.
Y llamados dos de sus servidores, los envió a la señora, a quien había hecho vestir y adornar egregiamente, y le mandó pedir que viniese a alegrar a los hombres nobles con su presencia. La cual, tomando en brazos a su hermosísimo hijito, acompañada por dos servidores, vino a la sala y, como plugo al caballero, junto a uno de los valerosos hombres se sentó; y él dijo:
–Señores, ésta es la cosa más preciada que tengo y que entiendo tener más que ninguna otra; mirad si os parece que tengo razón.
Los gentileshombres, honrándola y loándola mucho, y afirmando al caballero que como preciosa debía tenerla, comenzaron a mirarla; y muchos había allí que le habrían dicho quién era si por muerta no la hubiesen tenido; pero sobre todo la miraba Niccoluccio. El cual, habiéndose alejado un poco el caballero, como quien ardía en deseos de saber quién era ella, no pudiendo contenerse le preguntó si boloñesa era o forastera. La señora, oyendo que su marido le preguntaba, con trabajo se contuvo en responderle, pero para seguir la orden que le habían dado, se calló. Algún otro le preguntó si era suyo aquel niñito, y alguno si era la mujer de micer Gentile o de alguna manera pariente suya; a los cuales no dio ninguna respuesta. Pero llegando micer Gentile, dijo alguno de sus invitados:
–Señor, hermosa cosa es esta vuestra, pero parece

muda; ¿lo es? –Señores –dijo micer Gentile–, el no haber ella hablado al presente es no pequeña prueba de su virtud. –Decidnos, pues, vos –siguió el mismo– quién es.
Dijo el caballero:
–Lo haré de buen grado si me prometéis que por nada que diga nadie se moverá de su sitio hasta que esté terminada mi historia.
Habiéndolo prometido todos, y habiendo ya levantado las mesas, micer Gentile, sentándose junto a la señora, dijo:
–Señores, esta señora es aquel siervo leal y fiel sobre el cual os he hecho antes una pregunta; la cual, poco estimada por los suyos, y como vil y ya no útil arrojada en mitad de la calle, fue recogida por mí y con mi solicitud y obras arrancada de las manos de la muerte; y Dios, mirando mi puro afecto, de cuerpo espantable en tan hermosa la ha hecho volverse. Pero para que claramente entendáis cómo esto me ha sucedido, brevemente os lo aclararé.
Y comenzando desde su enamoramiento de ella, lo que sucedido había hasta entonces distintamente narró, con gran maravilla de los oyentes, y luego añadió:
–Por las cuales cosas, si mudado no habéis la opinión de hace un momento ahora, y especialmente Niccoluccio, esta mujer merecidamente es mía, y nadie puede reclamármela a justo título. A esto nadie repuso sino que esperaban todos lo que iba a decir después. Niccoluccio y los demás que allí estaban, y la señora lloraban de compasión; pero micer Gentile, poniéndose en pie y tomando en sus brazos al pequeñito y a la señora de la mano y yendo hacia Niccoluccio dijo:
–Vamos, compadre, no te devuelvo a tu mujer, a quien tus parientes y los tuyos echaron a la calle, sino que quiero darte a esta señora, mi comadre, con este hijito suyo, el cual estoy seguro de que fue engendrado por ti y a quien sostuve en el bautismo y le di por nombre Gentile: y te ruego que porque haya estado en mi casa cerca de tres meses no te sea menos cara; que te juro por el Dios que tal vez de ella enamorarme hizo para que mi amor fuera, como ha sido, la ocasión de su salvación, que nunca ni con su padre ni con su madre ni contigo más honestamente ha vivido de lo que lo ha hecho junto a mi madre en mi casa. Y dicho esto, se volvió a la señora y dijo:
–Señora, ahora ya de todas las promesas que me habéis hecho os libero y libre os dejo con Niccoluccio. Y habiendo devuelto a la mujer y al niño a los brazos de Niccoluccio, volvió a sentarse. Niccoluccio deseosamente recibió a su mujer y a su hijo, tanto más alegre cuanto más lejos estaba de esperarlos; y lo mejor que pudo y supo dio las gracias al caballero; y los demás, que todos de compasión lloraban, de esto le alabaron mucho, y alabado fue de quien lo oyó. La señora, con maravillosa fiesta, fue recibida en su casa y como resucitada fue mucho tiempo mirada con admiración por los boloñeses; y micer Gentile siempre amigo vivió de Niccoluccio y de sus parientes y de los de la señora. ¿Qué, pues, diréis, aquí, benignas señoras? ¿Estimaréis que haber dado un rey su cetro y su corona, y un abad sin que nada le costase haber reconciliado a un malhechor con el Papa, y un viejo poner la garganta al cuchillo del enemigo, son dignos de igualar la acción de micer Gentile? El cual, joven y ardiente, y pareciéndole a justo título tener derecho a aquello que el descuido ajeno había desechado y él por su buena fortuna había recogido, no sólo templó honestamente su fuego, sino que liberalmente lo que solía con todos sus pensamientos tratar de robar, teniéndolo, lo restituyó. Por cierto que ninguna de las antes contadas me parece asemejarse a ésta.



NOVELA QUINTA

El jardín embrujado

Doña Dianora pide a micer Ansaldo un jardín de enero bello como en mayo, micer Ansaldo, comprometiéndose con un nigromante, se lo da; el marido le concede que haga lo que guste micer Ansaldo el cual, oída la liberalidad del marido, la libra de la promesa y el nigromante, sin querer nada de lo suyo, libra de la suya a micer Ansaldo.

Por todos los de la alegre compañía había sido ya micer Gentile elevado al cielo con sumas alabanzas cuando el rey ordenó a Emilia que siguiese; la cual, desenvueltamente, como deseosa de hablar, así comenzó:

–Blandas señoras, nadie dirá con razón que micer Gentile no obró con magnificencia; pero decir que no se pueda con más tal vez no demuestre que se puede más: lo que pienso contaros con una novelita mía. En el Friuli, lugar, aunque frío alegre con bellas montañas, muchos ríos y claras fuentes, hay una ciudad llamada Udine en la que vivió una hermosa y noble señora llamada doña Dianora y mujer de un gran hombre rico llamado Gilberto, muy amable y de buena índole; y mereció esta señora por su valor ser sumamente amada por un noble y gran barón que tenía por nombre micer Ansaldo Gradense, hombre de alta condición y en las armas y en la cortesía conocido en todas partes. El cual, ardientemente amándola y haciendo todas las cosas que podía para ser amado por ella, y a ello con frecuencia solicitándola con sus embajadas, en vano se cansaba. Y siendo a la señora penosas las solicitaciones del caballero y viendo que, aunque le negase todo lo que él pedía, no por ello dejaba él de amarla ni de solicitarla, con una extraña y a su juicio imposible petición pensó que podría quitárselo de encima; y a una mujer que a ella venía muchas veces de parte de él, dijo un día así:

–Buena mujer, tú me has afirmado muchas veces que micer Ansaldo me ama sobre todas las cosas y maravillosos dones me has ofrecido de su parte; los cuales quiero que se quede con ellos porque por ellos nunca a amarle y a complacerle me llevará. Y si pudiese estar segura de que me ama tanto como decís, sin falta me dejaría ir a amarle y a hacer lo que él quisiese; y por ello, si quisiera asegurarme de ello con algo que voy a pedirle, estaría dispuesta a lo que me ordenase. Dijo la buena mujer:

–¿Qué es, señora, lo que deseáis que haga?

Repuso la señora:

–Lo que deseo es esto: quiero, en el próximo mes de enero, cerca de esta ciudad, un jardín lleno de verdes hierbas, de flores y de frondosos árboles, no de otra manera hecho que si fuese en mayo; lo cual, si no lo hace, ni a ti ni a nadie envíe más a mí porque, si más me solicitase, tal como yo hasta ahora lo he tenido oculto a mi marido y a mis parientes, así, quejándome a ellos me ingeniaría en quitármelo de encima.

El caballero, oída la petición, y la promesa de su señora, aunque muy difícil cosa y casi imposible de hacer le pareciese, y conociendo que no por otra cosa le había pedido la dama aquello, sino para que abandonase toda esperanza, se propuso, sin embargo, intentar todo aquello que pudiese, y por muchas partes del mundo anduvo mirando si a alguien encontraba que ayuda o consejo le diese; y llegó a dar con uno que, si le pagaba bien, le prometía hacerlo con artes nigrománticas. Con el cual micer Ansaldo, concertándose por una grandísima cantidad de dinero, alegre esperó el tiempo que le habían ordenado; y venido el cual, siendo grandísimos los fríos y todas las cosas llenas de nieve y de

hielo, el valeroso hombre en un hermosísimo prado cercano a la ciudad con sus artes hizo de tal manera, la noche a la cual seguía el primer día de enero, que por la mañana apareció, según los que lo veían testimoniaban, uno de los más hermosos jardines que nunca hubo visto nadie, con hierbas y con árboles y con frutos de todas clases. El cual, como micer Ansaldo, contentísimo, hubo visto, haciendo coger frutos de los más hermosos que había y flores de las más bellas, ocultamente los hizo llevar a su señora, e invitarla a ver el jardín por ella pedido para que por él pudiese conocer que la amaba y recordase la promesa que le había hecho y con juramento sellado, y como mujer leal procurase luego cumplirla. La señora, vistos las flores y los frutos, y ya habiendo oído hablar a muchos del maravilloso jardín, comenzó a arrepentirse de su promesa; pero con todo su arrepentimiento, como deseosa de ver cosas extrañas, con muchas otras damas de la ciudad fue a ver el jardín, y no sin maravilla alabándolo mucho, más triste que mujer alguna volvió a casa, pensando en aquello a que estaba obligada por ello. Y fue tanto el dolor que, no pudiéndolo esconder bien dentro de sí, hizo que, apareciendo fuera, su marido se diese cuenta; y quiso de todas las maneras que ella le dijese la razón. La señora, por vergüenza, lo calló largo tiempo; por último, obligada, ordenadamente le manifestó todo. Gilberto, primeramente, oyendo aquello se enfureció mucho; luego, considerando la pura intención de la señora, arrojando fuera de sí la ira, con más discreción, dijo:

–Dianora, no es de prudente ni de honesta mujer escuchar ninguna embajada de las de tal clase, ni negociar bajo ninguna condición la castidad con nadie. Las palabras recibidas en el corazón por los oídos tienen mayor fuerza que muchos juzgan y casi todo les es posible a los amantes. Mal hiciste, pues, primero al escuchar y luego al hacer un trato; pero como conozco la pureza de tu intención, para liberarte de los lazos de la promesa hecha, te concederé lo que tal vez ningún otro haría, induciéndome a ello también el miedo al nigromante, al cual tal vez micer Ansaldo, si le burlases, podría pedir nuestro daño. Quiero que vayas a él y, si de alguna manera puedes, te ingenies en hacer que, conservando tu honestidad, seas liberada de esta promesa; pero si de otro modo no pudiera ser, por esta vez, el cuerpo, pero no el ánimo, concédele. La mujer, oyendo al marido, lloraba y negaba que tal gracia quisiese de él. A Gilberto, por mucho que su mujer se negase, plugo que fuese así, por lo que, venida la siguiente mañana, al salir la aurora, sin demasiado adornarse, con dos de sus servidores delante y con una camarera detrás, se fue la señora a casa de micer Ansaldo. El cual, al oír que su señora había venido a verle, se maravilló fuertemente, y levantándose y haciendo llamar al nigromante, le dijo:

–Quiero que veas qué gran bien me ha hecho conseguir tu arte. Y saliendo a su encuentro, sin entre-

garse a ningún desordenado apetito con reverencia la recibió honestamente, y en una hermosa cámara con un gran fuego entraron todos; y haciéndola sentar, dijo:
–Señora, os ruego, si el largo amor que os he tenido merece algún galardón, que no os moleste decirme la verdadera razón que a tal hora os ha hecho venir y con tal compañía. La señora, vergonzosa y casi con las lágrimas en los ojos, repuso:
–Señor, ni amor que os tenga ni palabra dada me traen aquí, sino la orden de mi marido, el cual, teniendo más respeto a los trabajos de vuestro amor que a su honra y la mía, me ha hecho venir aquí, y por orden suya estoy dispuesta por esta vez a hacer lo que os agrade. Micer Ansaldo, si primero se maravilló, oyendo a la señora mucho más comenzó a maravillarse, y conmovido por la liberalidad de Gilberto, su ardor en compasión comenzó a cambiar y dijo:
–Señora, no plazca a Dios, puesto que así es como vos decís, que sea yo quien manche el honor de quien tiene compasión de mi amor; y por ello, el estar aquí vos, cuanto os plazca, no será sino como si fueseis mi hermana, y, cuando sea de vuestro agrado, libremente podéis iros, a condición de que a vuestro marido, por tanta cortesía como ha sido la suya, deis las gracias que creáis convenientes, teniéndome a mí siempre en el porvenir por amigo y por servidor.
La señora, oyendo estas palabras, más contenta que nunca, dijo:
–Nada podía hacerme creer, teniendo en consideración vuestras costumbres, que otra cosa debiera seguirse de mi venida sino lo que veo que hacéis; por lo que os estaré siempre obligada. Y despidiéndose, honrosamente acompañada volvió con Gilberto y le contó lo que sucedido le había; de lo que se siguió una estrechísima y leal amistad entre él y micer Ansaldo. El nigromante, a quien micer Ansaldo se aprestaba a dar la prometida recompensa, vista la liberalidad de Gilberto para con micer Ansaldo y la de micer Ansaldo con la señora, dijo:
–No quiera Dios que, después de haber visto a Gilberto ser liberal con su honra y a vos con vuestro amor, no sea yo también liberal con mi recompensa; y por ello, sabiendo que os corresponde a vos, entiendo que sea vuestra.
El caballero se avergonzó y se ingenió todo lo que pudo en hacérsela tomar toda o en parte; pero luego de cansarse en vano, habiendo el nigromante hecho desaparecer su jardín después del tercer día y queriendo irse, le dejó irse con Dios; y apagado en el corazón el concupiscente amor, por la mujer quedó encendido en honesto afecto.
¿Qué diremos aquí, amorosas señoras?
¿Antepondremos la casi muerta señora y el amor entibiecido por la débil esperanza a esta liberal conducta de micer Ansaldo, que más ardientemente que nunca amaba y de más esperanza encendido que nunca estaba teniendo en sus manos la presa tan perseguida? Necia cosa me parecería creer que aquella liberalidad pudiera compararse a ésta.

NOVELA SEXTA

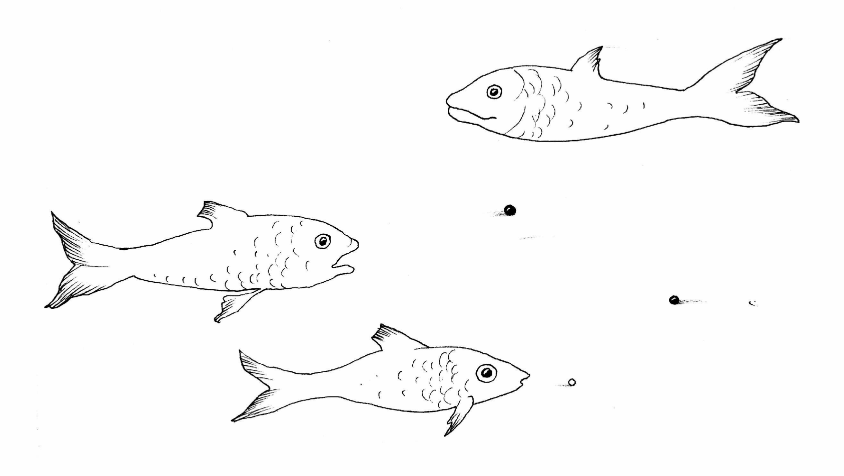
Las pescadorcillas

El rey Carlos, ya viejo, victorioso, enamorado de una jovencita, avergonzándose de su loco amor, a ésta y a una hermana suya casa honrosamente.

¿Quién podría contar cabalmente los varios razonamientos que hubo entre las señoras sobre quién había usado de mayor liberalidad, Gilberto o micer Ansaldo o el nigromante, en torno a los casos de doña Dianora? Demasiado largo sería. Pero luego de que el rey hubo concedido que se disputasen un tanto, mirando a Fiameta, le mandó que novelando los sacase de su discusión; la cual, sin esperar un momento, comenzó:

–Magníficas señoras, yo he sido siempre de la opinión de que, en las compañías como la nuestra, se debería hablar tan por extenso que la demasiada oscuridad en el sentido de las cosas dichas no fuese para los demás materia de discusión: lo que mucho más es propio de las escuelas, entre los estudiosos, que entre nosotras, que sólo con la rueca y el huso trabajamos. Y por ello yo, que tal vez pensaba en alguna cosa dudosa, viendo que por las ya dichas estáis riñendo, dejaré aquélla y contaré una no de un hombre de poco pelo sino de un valeroso rey, contando lo que caballerosamente hizo sin en nada faltar a su honor. Todas vosotras podéis haber oído recordar muchas veces al rey Carlos el Viejo, o bien el Primero, por cuya magnífica acción y luego por la gloriosa victoria lograda sobre el rey Manfredi, fueron de Florencia los gibelinos arrojados y volvieron allí los güelfos; por la cual cosa, un caballero llamado micer Neri de los Uberti, con toda su familia y con muchos dineros saliendo de allí, no quiso humillarse sino bajo la protección del rey Carlos. Y para estar en un lugar solitario y terminar allí en reposo su vida, a Castellammare de Stabia se fue; y allí, como a un tiro de ballesta alejado de las demás habitaciones de la ciudad, entre olivos y avellanos y castaños, en los que la comarca es abundante, compró una posesión; sobre la cual hizo una gran casa hermosa y espaciosa y junto a ella un deleitable jardín, en medio del cual, a la manera nuestra, teniendo abundancia de agua corriente, hizo un claro y buen vivero y lo llenó fácilmente con muchos peces. Y de nada cuidando sino de hacer cada día más hermoso su jardín, sucedió que el rey Carlos, en época calurosa, fue algún tiempo a descansar a Castellammare, donde, oyendo la belleza del jardín de micer Neri, quiso verlo. Y habiendo oído de quién era, pensó que, porque a un partido contrario al suyo pertenecía el caballero, más familiarmente con él quería comportarse; y le mandó a decir que con cuatro acompañantes, privadamente, la noche siguiente quería cenar con él en su jardín. Lo que fue muy del agrado de micer Neri, y habiendo preparado magníficamente las mesas y habiendo arreglado con sus criados lo que debía hacerse, lo más alegremente que pudo y supo recibió al rey en su hermoso jardín; el cual, después de que todo el jardín y la casa de micer Neri hubo visto y alabado, estando las mesas puestas junto al vivero, a una de ellas, después de haberse lavado, se sentó, y al conde Guido de Monforte, que uno de sus acompañantes era, mandó que se sentase a un lado suyo y a micer Neri al otro, y a los otros tres que con él habían venido mandó que sirviesen la mesa según el orden establecido por micer Neri. Vinieron allí las bebidas delicadas y allí estuvieron los vinos óptimos y preciosos, y la manera de servir muy bella y digna de alabanza, sin ningún ruido ni ningún error, lo que el rey alabó mucho. Y estando comiendo él alegremente y disfrutando del lugar solitario, en el jardín entraron dos jovencitas de edad de unos quince años cada una, rubias como las hebras del oro y con los cabellos todos ensortijados y sobre ellos, sueltos, una fina guirnalda de vincapervinca, y





en los rostros antes parecían corderos que otra cosa, tan delicados y hermosos los tenían; y estaban vestidas con un vestido de lino sutilísimo y blanco como la nieve sobre sus carnes, el cual de la cintura para arriba era estrechísimo y de allí para abajo ancho, a guisa de un pabellón y largo hasta los pies. Y la que venía delante llevaba sobre los hombros un par de carriegos que mantenía con la siniestra mano, y en la diestra llevaba un bastón largo y bajo aquel mismo brazo una brazada de leña y en la mano unas trébedes y en la otra mano una orza de aceite y un fuego encendido; las cuales, al verlas el rey, se maravilló y, suspenso, esperó a ver qué quería decir esto. Las jovencitas, llegadas más adelante, honestamente y tímidas hicieron una reverencia al rey; y después, yendo a donde se entraba en el vivero, la que llevaba la sartén, dejándola en el suelo y las demás cosas junto a ella, cogió el bastón que la otra llevaba, y las dos en el vivero, cuya agua les llegaba al pecho, entraron. Uno de los servidores de micer Neri, prestamente allí encendió el fuego, y puesta la sartén sobre las trébedes y echando en ella el aceite, comenzó a esperar a que las jóvenes le echasen los peces. De las cuales, una, buscando en los lugares donde sabía que se escondían los peces, y la otra preparando los carriegos, con grandísimo placer del rey que aquello atentamente miraba, en poco espacio de tiempo cogieron un montón de peces; y arrojándoselos al criado, que casi vivos los echaba en la sartén, tal como se les había enseñado, comenzaron a coger los más hermosos y a echarlos encima de la mesa delante del rey, y del conde Guido y su padre. Estos peces se escurrían por la mesa, con lo que el rey recibía maravilloso placer; e igualmente cogiéndolos él, a las jóvenes cortésmente se los devolvía arrojándoselos, y así un rato estuvieron jugando, hasta que el criado hubo frito aquellos que le habían dado; los cuales, más como entremés que como comida muy preciosa o deleitable habiéndolo ordenado micer Neri, fueron puestos delante del rey. Las jóvenes, al ver los peces fritos y habiendo bastante pescado, habiéndoseles completamente el blanco vestido pegado a las carnes y no ocultando casi nada de sus delicados cuerpos, salieron del vivero; y habiendo cada una recogido las cosas que habían llevado, pasando vergonzosas delante del rey, a casa se volvieron. El rey y el conde y los demás que servían habían mucho observado a estas jovencitas, y mucho dentro de sí mismos las había estimado cada uno bellas y bien hechas, y además de ello, amables y corteses; pero sobre todos los demás habían agradado al rey; el cual, tan atentamente todas las partes de su cuerpo había considerado cuando salían del agua que a quien entonces lo hubiese pinchado no lo hubiera sentido. Y mucho acordándose de ellas, sin saber quiénes eran ni cómo, sintió en el corazón despertarse un ardentísimo deseo de agradarles, por

lo cual muy bien conoció que iba a enamorarse si no tenía cuidado; y no sabía él mismo cuál de las dos era la que más le agradaba, tan semejante en todas las cosas era una a la otra. Pero luego de que un tanto hubo dado vueltas a este pensamiento, volviéndose a micer Neri le preguntó quiénes eran las dos damiselas; a quien micer Neri repuso:

–Monseñor, son mis hijas y nacidas de un mismo parto, de las cuales una tiene por nombre Ginebra la bella y la otra Isotta la rubia.

El rey se las alabó mucho, exhortándole a casarlas; de lo que micer Neri, por no estar ya en posición de hacerlo, se excusó. Y en esto, no quedando sino las frutas por servir a la mesa, vinieron las dos jóvenes con dos corpiños de tafetán bellísimos, con dos grandísimas bandejas de plata en la mano llenas de frutos variados, según los daba la estación, y los llevaron ante el rey sobre la mesa. Y hecho esto, retirándose un poco, comenzaron a cantar una tonada cuya letra comenzaba:

Adónde he llegado, Amor,
contarse no podría largamente,

con tanta dulzura y tan agradablemente que al rey, que con deleite miraba y escuchaba, le parecía que todas las jerarquías de los ángeles habían descendido allí a cantar; y terminado aquélla, arrodillándose, reverentemente pidieron licencia al rey, el cual, aunque su partida le doliese, aparentemente con alegría se la dio. Terminada, pues, la cena, y habiendo vuelto el rey a montar a caballo con sus compañeros y separándose de micer Neri, hablando de una cosa y de la otra, al real palacio volvieron. Allí, teniendo el rey su pasión escondida y no pudiendo olvidar la hermosura y el agrado de Ginebra la bella por muchas cosas que sucediesen, por cuyo amor también amaba a su hermana, tan semejante a ella, tanto se dejó prender en la amorosa trampa que casi no podía pensar en otra cosa; y fingiendo otros motivos, con micer Neri tenía una estrecha familiaridad y muy frecuentemente visitaba su hermoso jardín para ver a Ginebra. Y no pudiendo ya más soportarlo, y habiéndosele (no sabiendo ver otra manera) venido al pensamiento no solamente una, sino las dos jovencitas quitarle a su padre, manifestó su intención y su amor al conde Guido. El cual, que era valeroso hombre, le dijo:

–Monseñor, me maravilla mucho lo que me decís, y tanto más de lo que se maravillaría otro cuanto me parece que desde vuestra infancia hasta estos días he conocido mejor que nadie vuestras costumbres; y no habiéndome parecido en vuestra juventud (en la cual Amor más fácilmente debía hincar sus garras) haberos conocido tal pasión, oyéndoos ahora, que ya estáis cercano a la vejez, me resulta tan raro y tan extraño que améis vos de amor que casi me parece un milagro. Y si a mí me correspondiese reprenderos,

sé bien lo que os diría, considerando que estáis todavía en armas en el reino recientemente conquistado, entre gentes no conocidas y llenas de engaños y de traición, y todo ocupado con grandísimos cuidados y de alto gobierno, y aún no habéis podido sentaros cuando entre tantas cosas habéis hecho lugar al lisonjero amor. Esto no es propio de rey magnánimo, sino de un pusilánime jovencito. Y además de esto, lo que es mucho peor, decís que habéis deliberado quitarle las dos hijas al pobre caballero que en su casa os ha honrado más allá de lo que podía, y por honraros más os las ha mostrado casi desnudas, testimoniando con ello cuánta sea la fe que tiene en vos, y que firmemente cree que vos sois un rey y no un lobo rapaz. Pues ¿se os ha ido tan pronto de la memoria que la violencia hecha a las mujeres por Manfredi os ha abierto las puertas de este reino? ¿Qué traición se ha cometido nunca más digna del eterno suplicio que sería ésta: que a aquel que os honra le quitéis su honor, su bien, su esperanza y su consuelo? ¿Qué se diría si lo hicieseis? Tal vez juzgáis que suficiente excusa sería decir: "Lo hice porque es gibelino". Pues ¿es esto propio de la justicia de un rey, que a quienes en sus brazos se echan de esta forma los trate de tal guisa, sean quienes fueren? Os recuerdo, rey, que grandísima gloria os ha sido vencer a Manfredi y derrotar a Curradino, pero mucho mayor es vencerse a sí mismo; y por ello vos, que debéis corregir a los otros, venceos a vos mismo y refrenad ese apetito, y no queráis con tal mancha destruir lo que gloriosamente habéis conquistado. Estas palabras hirieron amargamente el ánimo del rey, y tanto más le afligieron cuanto más verdaderas las sabía; por lo que, después de algún cálido suspiro, dijo:

–Conde, por cierto que a cualquiera otro enemigo, por muy fuerte que sea, juzgo que le sea al bien enseñado guerrero débil y fácil de vencer con relación a su mismo apetito; pero por muy grande que sea el deseo y necesite fuerzas inestimables, tanto me han espoleado vuestras palabras que conviene que, antes de que pasen demasiados días, os haga ver con obras que, como sé vencer a otros, sé someterme a mí mismo igualmente.

Y no muchos días después de que tuvieron lugar estas palabras, vuelve el rey a Nápoles, tanto por quitarse a sí mismo la ocasión de hacer alguna cosa vil como por premiar al caballero del honor recibido de él, por muy duro que le fuese hacer a otro poseedor de lo que sumamente deseaba para él mismo, no se dispuso menos a casar a las dos jóvenes, y no como a hijas de micer Neri, sino como a suyas. Y con placer de micer Neri, dotándolas magníficamente, a Ginebra la bella dio a micer Maffeo de Palizzi, y a Isotta la rubia a micer Guiglielmo de la Magna, nobles caballeros y grandes barones ambos; y asignándoselas a ellos, con dolor inestimable se fue a Apulia, y con fatigas continuas tanto maceró a su ciego apetito que, despedazadas y rotas las amorosas cadenas, por todo lo que vivir debía libre quedó de tal pasión. Habrá tal vez quienes digan que pequeña cosa es para un rey haber casado a dos jovencitas, y lo concederé; pero que muy grande y grandísima es diré, si decimos que un rey enamorado lo haya hecho, casando a aquella a quien amaba sin haber tomado o cogido de su amor fronda, o flor, o fruto. Así pues, obró el magnífico rey premiando altamente al noble caballero, honrando loablemente a las amadas jovencitas y venciéndose a sí mismo duramente.